

veras dar hospitalidad á ningun rebelde; y finalmente si algun desgraciado resistia todos estos infames tormentos, era arrastrado y encerrado en un calabozo.

¡Desgraciado el cura protestante ú otro fugitivo que era apresado en su fuga! Su suerte era ser enviado por el resto de su vida á galeras, donde encadenado al duro banquillo del remero llenaba el cómitre de cardenales sus espaldas con su corbacho embadurnado y endurecido con la sangre de innumerables infelices. Las mujeres sucumbian en los calabozos mas horribles.

En diciembre de 1685 añadióse á estos horrores una nueva crueldad, á saber: la órden de quitar en el plazo de ocho días á todos los padres protestantes los hijos que tuviesen entre cinco y diez y seis años de edad. En la cacería de niños que á consecuencia de esto se realizó se distinguió muy particularmente Bossuet, el famoso héroe de las libertades galicanas. Se habilitaron conventos nuevos expresamente para las jóvenes secuestradas de este modo; los niños que se resistian fueron encerrados en cárceles ó azotados en público; y en suma diremos que despues de la revocacion del edicto de Nantes se dictaron todavía 200 disposiciones fijando diferentes penas contra los reformados recalitrantes ó discolos.

Tantas medidas inhumanas tuvieron en general el éxito que sus autores habian calculado, porque la inmensa mayoría de los hugonotes perseguidos por todos lados, sin salida por ninguna parte, y sin mas esperanza de librarse de tan atroz persecucion que murmurar alguna fórmula de conversion superficial, porque en estos casos no se miraba mucho, se convirtieron en apariencia. Esto bastaba á sus sañudos perseguidores, los cuales sabian muy bien que por exteriores que fuesen aquellas conversiones, las sucesivas generaciones habian de ser buenas católicas; y hasta harian públicamente befa de sus infelices víctimas porque habian preferido la conversion al martirio. El rey Luis XIV se quedó muy ufano y satisfecho del buen éxito de su despotismo, buen éxito muy ponderado por sus intendentés en sus informes jactanciosos.

Mas á pesar de todas las precauciones y crueldades de las autoridades, 200,000 hugonotes supieron burlar la vigilancia de las costas y fronteras y librarse por medio de la fuga del dilema de: «abjurar ó morir.» Los castigos se aumentaron hasta lo imposible; las galeras para toda persona que auxiliaba ó servia de guía á un fugitivo, y finalmente la pena de muerte para los fugitivos que se apresaban; pero ni por eso dejaron de salvarse muchos; 4,000 pudieron llegar á Ginebra y muchos otros miles á Zurich y Berna. Holanda, desde largo tiempo refugio de todos los expulsados, dió tambien hospitalidad cariñosa á innumerables hugonotes; 16,000 encontraron afectuosa acogida en el reducido Estado de Brandeburgo; lo mismo sucedió en otros Estados protestantes; y en todos se les permitió vivir en agrupaciones separadas y administradas por ellos, y servirse de su idioma, tanto en la iglesia y culto como en sus escuelas y tribunales que se regian por su código nacional. El mismo rey de Inglaterra, el católico Jacobo II, permitió que en su país se hiciesen grandes suscripciones para socorrer á los refugiados protestantes. La pérdida que esta emigracion causó á la Francia fué incalculable, porque los hugonotes que lograron ponerse á salvo eran la flor de los protestantes franceses, los mas opulentos, los mas instruidos é inteligentes, en una palabra, los mas distinguidos. Todos estos elementos que la Francia perdia, la inteligencia, la energía, la habilidad industrial, parte de sus riquezas, el odio concentrado contra sus opresores, contra aquel Luis XIV que pretendia ser un Dios en la tierra, y cuyo nombre se hizo el terror y mereció la execracion de toda la Europa, todo esto llevaron los refugiados franceses á los países donde se establecieron.

Tendria todavía esta saña ciega una excusa si hubiese sacrificado la felicidad, la tranquilidad y la honra de millones de protestantes al fanatismo religioso; pero se hizo todo esto en aras del despotismo político de un rey intolerante y para halagar y satisfacer la sed de dominar, y el afán de nivelarlo todo de los prelados franceses que ambicionaban ser otros tantos Papas en miniatura en sus respectivas diócesis.

Nada de esto, sin embargo, bastó á la insolente é ilimitada soberbia del rey de Francia. Lo que habia llevado á cabo en su país quiso luego imponerlo á los demás.

En los valles de los Alpes Cocios y Maritimos vivian todavía algunos millares de valdenses, secta protestante reducida, pobre y de una simplicidad y fe infantiles heredadas de sus mayores. En lo demás, eran leales súbditos de su soberano el duque de Saboya. Este recibió de Luis XIV la excitacion imperativa de aplicar las dragonadas á aquellos pacíficos valles, y de consentir para ello la cooperacion de las tropas francesas. Los horrores que allí cometió la soldadesca feroz y bestial excedieron á todo cuanto hasta entonces se habia hecho. Entre indecibles tormentos hicieron morir aquellas fieras desencadenadas á centenares de montañeses inofensivos y desdichados.

Queriendo llevar su persecucion é intolerancia mas allá de sus fronteras, es de presumir que no se librarian de ellas los extranjeros residentes en su país y que fiados en la paz entre su nacion y la Francia se habian establecido en esta última, principalmente muchos holandeses. No les valieron las reclamaciones oficiales de sus compatriotas, y como los hugonotes, tuvieron que escoger tambien ellos entre la conversion y la fuga secreta y peligrosa.

Esta anulacion del edicto de Nantes con los sucesos que engendrò, acto que algunos han llamado muy ingeniosamente la reunion, es decir la anexion eclesiástica, á imitacion de aquellas salas de reunion ó incorporacion territorial, fué como estas, aun prescindiendo de su carácter infame é inhumano, la falta mayor de cuantas cometió Luis XIV. No era lo peor, aunque pesaba mucho en la balanza, la pérdida de centenares de millares de súbditos, cabalmente los mas laboriosos, inteligentes y acomodados, pérdida que redundaba en beneficio de los contrarios de la Francia, sino la ira feroz que actos de tan brutal tiranía despertaron en todos los corazones protestantes de Europa; porque desde entonces en adelante fué imposible que un príncipe protestante ni siquiera pensara en aliarse con Luis XIV. En todos los pulpitos, hasta en las mas insignificantes aldeas protestantes, en cualquier país que fuese, no hubo mas que un grito de indignacion contra la Francia y su rey; ninguna aldea ni ninguna casa habia donde no hubiese penetrado el odio á Luis XIV. La Suecia, la Dinamarca, el Brunsvick, la Sajonia, en fin, todos los países protestantes tuvieron que renunciar forzosamente á semejante alianza francesa.

La irritacion de las potencias católicas contra Luis XIV apenas era menor que la de los pueblos protestantes; los actos brutales que habia cometido sin freno en perjuicio de todo el mundo, le habian hecho objeto del odio universal. Todos sabian que su persecucion á los protestantes no era efecto de ningun sentimiento religioso verdadero, sino solamente de la ambicion puramente mundana y despótica, de la sed desenfrenada de mando, de la insolencia y arrogancia exclusivas é intolerantes de aquel rey, que tantos disgustos habia dado tambien al Sumo Pontífice. Así es que Inocencio XI veia en el rey de Francia el peor enemigo de la Iglesia; y al saber su conducta infame con Génova se hincó de rodillas exclamando con los ojos arrasados de lágrimas: *Defende causam tuam, Domine!* Ni jamás aprobó las dragonadas tampoco, ni se recataba de decir, olvidando los ejemplos dados por sus pre-

decesores en la silla de San Pedro, que no aprobaba ni los medios empleados, ni los motivos de aquellas conversiones en masa de las cuales ninguna era sincera. Sin embargo, no han faltado otros que dijeron que el Papa condenó estos medios porque no se le habia consultado á él. Por igual estilo criticó la diplomacia imperial estos mismos procedimientos; porque no le gustó su verdadero carácter, puramente político.

En toda la Europa no existia ya ningun potentado, ni príncipe, ni país, ni pueblo, ni interés que no hubiese sido

herido y ultrajado por este rey con su vanidosa pretension de omnipotente. El, sin embargo, á pesar de todos los clamores y odios, continuó sin desviarse en el camino emprendido, despreciando todas las enemistades que él mismo suscitaba, porque creyéndose seguro de parte de Inglaterra, contando con su auxilio, no dudaba que podria hacer frente á todo el resto de Europa. No obstante, cuando mas seguro estaba faltóle este aliado indispensable, con lo cual quedaron decididas la decadencia de su sistema gubernativo y la liberacion de Europa.

LIBRO TERCERO

LA DECADENCIA DE LUIS XIV

CAPITULO I

LA CAIDA DE LOS ESTUARDOS Y LA SEGUNDA COALICION CONTRA LA FRANCIA (I)

Los últimos ecos del júbilo con que habia sido recibido en Inglaterra el rey Carlos II á su vuelta del ostracismo, habian cesado de vibrar hacia ya muchísimo tiempo. Entonces el pueblo inglés creyó cambiar la confusion de la guerra civil y la tiranía de los soldados de Oliverio Cromwell por un estado de órden en que volbiesen á imperar las leyes y una libertad moderada y racional; en una palabra, habiase esperado ver la Inglaterra dichosa, unida y fuerte; pero tanto el pueblo como el rey se habian equivocado. Los mismos caballeros nobles, leales vasallos de su rey, que enviaban contentos al patíbulo á los vencidos republicanos, llamados «cabezas redondas,» y que de buena gana habrian hecho lo mismo con todos cuantos hablaban de fueros parlamentarios, del derecho de resistencia á toda tiranía ilegal y de libertades del pueblo inglés; hasta estos fanáticos que componian la mayoría monárquica realista del parlamento abierto en el año 1661 estaban en el fondo muy poco dispuestos á renunciar á los importantes privilegios que la representacion na-

cional del pueblo inglés habia conquistado en los veinte años de revolucion que acababan de pasar. Los sucesos de aquella época habian probado hasta la evidencia que en Inglaterra tenia el parlamento mas poder que la corona; y por mas que hicieron el rey y su parlamento compuesto de nobles adictos para oscurecer este hecho, no pudieron evitar que se patentizara constantemente de nuevo.

Esta tendencia resultaba tanto mas peligrosa para los Estuardos, cuanto que las esperanzas y deseos del pueblo inglés de ver á su patria feliz y poderosa, quedaron completamente frustrados. La conducta del rey heria los sentimientos de la nacion, en dos puntos igualmente sensibles para el noble mas realista que para el puritano que habia servido entre los coraceros de Cromwell, á saber: la religion y la grandeza del país en el exterior. Dos veces habia hecho caer la cámara de los comunes los ministerios del rey, en 1667 el de Clarendon, y en 1674 el llamado Cábala; siempre en vano, porque el rey Carlos II seguia su rumbo que rebajaba la dignidad del país entonces, y amenazaba á la religion de

cia ejercieron en las condiciones interiores del pueblo inglés en aquella época.

A estas dos obras magistrales acaba de añadirse recientemente otra, de la cual han aparecido hasta hoy ocho tomos que llevan los sucesos hasta el año 1700. Es *La caída de los Estuardos y la subida de la casa de Hanover al trono de Inglaterra*; por Onno Klopp, Viena 1875-1879. En esta obra campea el espíritu de Ranke, de hacer resaltar la conexión y eslabonamiento entre los sucesos de Inglaterra y los de los demás países europeos. Contiene además muchísimos pormenores nuevos é importantes sacados principalmente de los archivos de Viena y de Hanover; pero en globo puede considerarse como una tentativa desgraciada, primero por la gran parcialidad que muestra el autor por las casas de Austria y de Hanover; luego por el excesivo desleimiento del material y las digresiones en menudencias de toda clase, de ningun interés y aun completamente extrañas al objeto principal, todo desfigurado por un estilo demasiado afectado y acicalado, y finalmente porque el autor parece ignorar completamente el movimiento liberal y justiciero tan grandioso que en aquella época se realizó en el ánimo de los ingleses. En otras obras suyas ha dado el mismo autor pruebas de ingenio y de agudeza; pero estas cualidades no se revelan en la que aquí nos ocupa.

De obras y autores contemporáneos de aquella época solo mencionaremos la *History of my time* de Burnet (6 tomos, Oxford 1839), el amigo personal de Guillermo de Orange que le nombró obispo anglicano; hombre de opiniones francamente whigs, pero sincero, benévolo y en general bien informado.

(1) Pueden consultarse dos obras principales respecto de estos sucesos; ambas se completan mutuamente y se diferencian en absoluto una de otra por la idea fundamental y el modo de presentar los sucesos. La primera es la historia de Inglaterra desde la subida al trono de Jacobo II, por Macaulay; que en los primeros capítulos trata bastante detalladamente la parte referente á Carlos II. Esta obra goza de una celebridad tan grande como bien merecida por ser fruto de vastos estudios sobre la literatura inglesa del siglo XVII y además por su estilo y distribución tan acabados é ingeniosos como interesantes; pero el autor además de pertenecer al partido *whig* hace figurar demasiado este partido al través del texto y además le falta el tacto del crítico verdadero, y lo que es peor no entiende nada de las circunstancias y modo de ser de los otros países. —Opuesto enteramente es el carácter de la *Historia de Inglaterra* escrita por Ranke, y muy particularmente la parte correspondiente á los siglos XVI y XVII. Su carácter político es decididamente favorable al partido *tory*, conforme se ve en los juicios que al autor merecen los personajes elevados, como príncipes y estadistas. Se conoce desde luego su eminente tacto histórico, en que dejando aparte detalles, hace resaltar los sucesos importantes y de trascendencia. Grandísima luz arroja esta obra sobre las relaciones internacionales de Inglaterra, que tanta influen-

la inmensa mayoría del pueblo inglés en el porvenir. La opinión pública iba excitándose cada día mas al ver el papel deshonesto que el país hacia en la política internacional, y la invasión tan temida del catolicismo en la máquina administrativa.

Como Carlos no tenia heredero directo, tocaba la corona á su muerte á su hermano, el duque Jacobo de York, que públicamente se habia convertido al catolicismo, y además se habia casado en segundas nupcias con una princesa católica de la casa de Módena, enteramente adicta á la Francia. De su primer matrimonio, que habia contraído con una protestante cuando él lo era todavía, tenia solamente dos hijas, de suerte que si su segunda esposa le daba un heredero varon, se hallaria el país entregado, para muchas generaciones tal vez, á soberanos católicos. A estos temores se agregaron voces sordas de los convenios que el rey Carlos celebraba con el francés, porque este último, persuadido ya por lo sucedido en la última guerra de que no podia contar seguramente con Carlos II, habia renunciado á auxiliarle mas, y no pudiendo sacar por lo pronto tampoco ningun provecho de Inglaterra, conveniale debilitar á aquel país con disensiones interiores. Con este objeto habia dado lugar á aquellas voces por medio de sus agentes, á fin de atizar con ellas y con la palanca del dinero la cólera del parlamento contra el rey.

En estas circunstancias y cuando la excitacion era general, un tal Tito Oates, hombre solapado y sin conciencia, denunció una conspiracion papista completamente imaginaria, con la esperanza de realizar un beneficio material y de ganar importancia. Esta conspiracion ridicula debia tener por objeto asesinar al rey y á los defensores mas celosos del protestantismo en el parlamento á fin de entregar luego el país al catolicismo. Ciertos signos puramente casuales parecieron corroborar esta acusacion, y con esto no hubo ya medio de dominar el furor nacional. Muchos católicos fueron presos, y por acusaciones absurdas ó enteramente infundadas, condenados á muerte y ejecutados. Tambien quedó sujeto á formacion de causa en 1678 el ministro principal del rey Danby, hombre honrado y recto, pero débil, que se habia opuesto á los tratados infames del rey con Luis XIV. La acusacion, en la cámara de los lores, se fundaba en que Danby habia coadyuvado á estos tratados, y lo probaban sus acusadores con documentos que el rey Luis XIV habia hecho llegar traidoramente á manos de los jefes de la cámara de comunes. Disolvió Carlos el parlamento; pero las nuevas elecciones salieron todavia mucho mas hostiles al gobierno, porque el número de sus partidarios que se habian pasado á la oposicion por el temor de ver atropellada la iglesia anglicana, era grandísimo. En vano Carlos disolvió tambien á las pocas semanas este parlamento, y en vano despues de años de tenaz resistencia quiso tranquilizar los ánimos confirmando en mayo de 1679 el acta del célebre *Habeas Corpus* que mandaba poner á todo inglés arrestado delante de su juez legal en el plazo mas corto, y en libertad mediante una garantía proporcionada al delito de que se le acusara, excepto en casos de crímenes muy graves: ley que es la proteccion mas eficaz de la libertad personal. Carlos no consiguió tranquilizar á nadie sobre sus intenciones.

En las elecciones nuevas que luego se hicieron empezaron á usarse por primera vez las designaciones de *whig* y de *tory* para los partidos políticos. La primera se aplicaba á los que querian excluir al duque de York de la sucesion porque era católico, y la segunda á los que rechazaban semejante medida, contraria al principio del orden legitimo de sucesion, puesto que esta cuestion concentrada en la propuesta «ley de exclusion» debia ocupar principalmente á las cámaras.

Esta ley que declaraba condicion indispensable el profesar la religion anglicana para ocupar el trono de Inglaterra, tenia agitados todos los ánimos. En la cámara de los comunes donde tenia la mayoría la oposicion, ó los whigs, fué votada la ley. Al ver esto, salió el rey de su indolencia é inercia por no abandonar la causa de su hermano, y se mostró resuelto á no permitir que la monarquía inglesa de hereditaria se cambiara en electiva, pues que no otra cosa proponia la ley de exclusion. A este fin puso en movimiento toda su influencia en la cámara de los lores, y ganó efectivamente allí la partida, porque la ley fué allí rechazada, y cuando la cámara de los comunes en su despecho quiso tomar resoluciones revolucionarias, fué disuelta. Igual suerte cupo á la que se eligió en su sustitucion, ó sea la quinta en poco tiempo. En semejante situacion echó mano el rey del derecho de no convocar ningun parlamento en tres años, á pesar de que la misma omision habia llevado á su padre al patíbulo. Carlos II conocia bien su época; y en efecto, poco á poco cambió la opinion y se hizo general la duda acerca de la veracidad de las declaraciones de Oates y de sus muchos secuaces é imitadores; aplacóse la furia contra los católicos dando lugar á la compasion que inspiraron tantas víctimas inmoladas inmerecidamente, y hasta empezó á disminuirse la animadversion contra el mismo rey, que habia cedido en todas las cuestiones y únicamente se habia opuesto á la abolicion de la ley de sucesion, y del derecho de su hermano en particular. Habia aceptado el *test-act* que excluía de todos los empleos á los que no eran protestantes, y que aparentemente quitaba todo recelo y hacia inofensivo á todo rey católico apostólico romano. Evitó tambien Carlos dar ocasion á los miembros de la oposicion para presentarse á poca costa como mártires de su causa; ni cobró fondos que los parlamentos no hubiesen concedido como recursos corrientes. Haciéndose valer todo esto, verificóse un cambio lento pero continuo en la opinion pública á favor de Carlos II y en contra del partido whig. El gobierno influido por el duque Jacobo de York, hombre muy vengativo, se aprovechó de una disposicion tan favorable para proceder contra los protestantes mas fanáticos y alborotadores, los cuales fueron encerrados en calabozos y entregados al verdugo á consecuencia de las declaraciones de los mismos testigos solapados que antes habian causado la desgracia de católicos inocentes.

No se contentaron con estas venganzas los Estuardos, sino que se propusieron á anular, por sentencia del tribunal y atropellando los procedimientos prescritos, las cartas de fueros de muchas ciudades y condados, reemplazándolas con otras que reservaban al gobierno una considerable influencia en la administracion local y en las elecciones para el parlamento.

Los whigs, indignados, desesperados, sin fuerza legal ya, meditaron una sublevacion armada que debia recabar la convocacion de un parlamento whig. Estaban encargados de su organizacion los individuos mas distinguidos de este partido, entre los cuales figuraban el simpático lord Russell, persona respetada por amigos y enemigos; sir Algernon Sidney, autor de gran talento, y hasta un hijo ilegítimo del mismo rey Carlos II, el duque de Monmouth. Este proyecto fué encontrado demasiado tímido é incompleto por un gran número de fanáticos de las clases bajas, y formaron en su consecuencia una conjuracion contra la vida del rey y de su hermano el duque de York, designando para lugar y ocasion del crimen el momento en que ambos al dirigirse á caza pasaran por delante de la llamada *casa del centeno* (Ryehouse) situada en punto muy solitario. Esta conspiracion fué descubierta y condujo á la ruina de los autores de la primera mu-

cho mas inofensiva, los cuales aunque sin razon fueron confundidos con los otros conjurados. Sidney y los lores Essex y Russell murieron en el patíbulo, y Monmouth fué desterrado; con lo cual acabaron los whigs de perder toda la popularidad que les habia quedado.

Viéndose Carlos otra vez protegido por la opinion pública, pasó á extralimitaciones ilegales. Al cabo de los tres años de interregno parlamentario omitió convocar el nuevo parlamento. Contra la letra y el espíritu del *test-act*, el duque de York, católico que hasta entonces habia gobernado á lo déspota la Escocia en calidad de virey, fué nombrado miembro del consejo secreto ó real y ministro de marina, con lo cual ganó

Carlos libertad para dedicarse á sus acostumbrados excesos de toda clase. Para hacerse con fondos, volvió en 1681 á venderse al rey de Francia por unos cuantos millones, con lo cual facilitó el buen éxito de las salas de reunion, hasta que en febrero del año 1685 una muerte repentina libró á la Inglaterra de tan indigno y solapado monarca, que antes de espirar tuvo tiempo de recibir los sacramentos de manos de un sacerdote católico.

Con esto habia llegado para Inglaterra el solemne momento en que un rey católico en la persona del duque de York y bajo el nombre de Jacobo II se sentara en el trono. Jacobo II era de un carácter áspero y naturalmente duro;



Jacobo II, rey de Inglaterra. Copia de un grabado de J. Andran hecho por el cuadro de Van der Werff

pero estas cualidades se habian pronunciado mas con la experiencia y los disgustos del ostracismo en tiempo de la guerra civil y de la república. La leccion que habia sacado de todo lo que le habia pasado y habia visto era que todos los males y desórdenes políticos se debian á la indisciplina de los pueblos y á la debilidad de los gobernantes; que lo que era un mal en política lo era tambien en religion. Por esto en política era partidario del absolutismo inflexible y consecuente, y en religion profesaba la creencia antigua, la fe autoritativa y rígida, del catolicismo romano. En Jacobo, que cuando subió al trono tenia 51 años cumplidos, llegó á su mayor desarrollo la inclinacion al catolicismo, que los Estuardos habian heredado de su abuela María de Escocia y que mostraron todos los de esta dinastía que ocuparon el trono de Inglaterra. Su plan de gobierno, bien meditado y firme, era anular al mismo tiempo la ley del *Habeas Corpus* y el *test-act*, é imponer á los ingleses con rigor y á viva fuerza el gobierno absoluto y la religion católica; propósitos que le parecian dignos de su carácter firme, mientras no eran mas que frutos de su inteligencia obtusa y de su terquedad necia. Jacobo era incapaz de ver ni apreciar en su verdadero valor las circunstancias y los medios de que podia

disponer, y tocante á la firmeza de carácter de que se jactaba, veremos que no la supo mostrar cuando mas falta le hizo. A este cuadro conviene añadir que aquel príncipe, en apariencia tan piadoso y religioso, y en realidad tan severo para otros, era disoluto como pocos, lo que en él era doblemente criminal.

Era inevitable una lucha decisiva para los destinos ulteriores no solo de la Inglaterra sino tambien del mundo. Tratábase en esta lucha de la victoria ó de la ruina del ultramontanismo, que parecia resuelto á dominar el mundo entero en sentido político y religioso, como absolutismo civil personificado en Francia y extendido por Luis XIV ya mucho mas allá de sus fronteras, diametralmente opuesto al genio germánico con sus elementos de libertad, gobierno y administracion por el pueblo, y como absolutismo religioso enemigo mortal de la libertad de pensamiento y de investigacion analítica que entonces empezaban á apuntar en la humanidad europea.

Empezó Jacobo su gobierno declarando que muy equivocadamente se le calificaba de absolutista, que lo que deseaba era tener la misma consideracion para los derechos de los demás que tenia para los suyos, y que sobre todo la observaria

para con la muy leal Iglesia anglicana. De esto podía inferirse que Jacobo miraría su religion como asunto personal suyo, sin influencia ninguna en la cosa pública, pero en realidad estas seguridades eran simplemente una superchería y sus intenciones desde larga fecha enteramente opuestas á lo que parecía ostentar. La primera cosa que hizo fué formar su consejo de individuos exclusivamente católicos. Al mismo tiempo comprendiendo que los ingleses no consentirían jamás de buen grado en un cambio político-religioso tan completo como él meditaba, creyó indispensable asegurarse la protección y el apoyo de una potencia exterior; y como este apoyo solo podía darle Luis XIV, se sometió desde el primer día al rey de Francia, bien que de un modo vacilante é irresoluto.

Sin perder tiempo convocó al parlamento para que votara fondos, parlamento que era el resultado de la eleccion hecha bajo la impresion del primer manifesto de Jacobo, y se componia en su gran mayoría de *tories*, es decir, de hombres del partido conservador legitimista, rígidos en política y celosos partidarios de la Iglesia oficial ó anglicana. Creyó pues el rey ganar fácilmente el consentimiento de aquellos buenos tories para la emancipacion de los católicos, si les complacía persiguiendo á los disidentes de la Iglesia del Estado, que se llamaban «no conformistas». Puso manos á la obra, y á imitacion de las dragonadas de Francia, hizo perseguir á todos los protestantes que no querian someterse á la iglesia anglicana, en especial á los presbiterianos de Escocia, que fueron horriblemente maltratados, asesinados y ejecutados en regla por hordas de soldados feroces. Estas crueldades ponen fuera de duda la intencion verdadera de aquel Estuardo, y que no era sino hacer su religion la dominante en el pais, aun contra la opinion general. Pero se engañó: no habia calculado ó no alcanzó á calcular que los tories ó realistas mas decididos eran al propio tiempo los partidarios mas fanáticos de la Iglesia anglicana; y por tanto despues de haber concedido en el parlamento al rey recursos abundantes sin regatear nada, le pidieron que hiciese cumplir las leyes penales contra *todos* los que no pertenecieran á la Iglesia anglicana; con lo cual no habria tardado en originarse el conflicto entre la corona y la mayoría legitimista ó tory, á no haber distraído la atencion general un levantamiento prematuro, pero que fué entre tanto un excelente recurso para el rey.

Los liberales ó whigs ingleses y escoceses que se habian refugiado en Holanda al subir al trono el, segun ellos, odiado rey Jacobo, creyeron que habia llegado para su partido el momento de reconquistar la preponderancia en el gobierno por medio de un golpe audaz. En su consecuencia en la primavera del año 1685, el conde de Argyle con emigrados escoceses desembarcó en su pais natal, la Escocia, mientras en la parte Sudoeste de Inglaterra desembarcaba el duque de Monmouth, que á pesar de su nacimiento ilegítimo pretendia la corona de Inglaterra como sucesor de su padre natural, en lugar de Jacobo. No estaba preparada la poblacion para tomar parte en el movimiento; Argyle, sin este apoyo, fué derrotado, hecho prisionero y ejecutado. Monmouth encontró ya mas auxilio por haber tenido la prevision de presentarse primero en condados cuya poblacion era decididamente whig; pero aun así las tropas reales en 6 de julio de 1685 dispersaron cerca de Sedgemoor su pequeña hueste, formada de aldeanos sin instruccion militar. Esta fué la última batalla que se dió en el suelo inglés. Monmouth fué preso, y á pesar de sus conmovedoras súplicas, condenado á muerte por su tio el rey. Tan triste fin valió á la memoria del único hijo de Carlos II mas simpatías que las que habia tenido en vida, no tan solo por él mismo, sino principalmente porque Jacobo aprovechó su victoria para enseñarse cruelisimamente con los liberales de

los condados que habia atravesado el pretendiente. El juez que nombró para presidir el *tribunal de sangre*, tribunal que aun hoy recuerdan los ingleses con horror, y que habia de entender en las causas relacionadas con la sublevacion, fué sir Jorge Jeffreys, hombre brutal que hizo matar 320 personas, entre las cuales fué quemada viva una pobre anciana porque habia recogido á un infeliz fugitivo; y una joven, acusada de haber auxiliado á los sublevados, fué atada á una estaca clavada en la playa, y expuesta así á la marea creciente. Muy cerca de 1,000 presos y sospechosos fueron deportados á las Indias, donde se les condenó á trabajar como esclavos.

Con tales actos empezó á cambiar la opinion, en un principio favorable al rey y tanto mas rápidamente cuanto que Jacobo no perdió tiempo en realizar su proyecto de catolicizacion. Ya iba formando regimientos, cuyos oficiales principales eran católicos. Produjo esto una malísima impresion en todo el pais, impresion que luego se aumentó al recibirse la noticia de la anulacion del edicto de Nantes en Francia. Este suceso debia excitar necesariamente en el pueblo inglés protestante serios temores y una profunda indignacion; y el efecto de esta disposicion de los ánimos fué que el parlamento votara subsidios muy reducidos para el gobierno, y pidiera al propio tiempo que el rey despidiera á los oficiales católicos del ejército. El rey negó la peticion con gran altanería destituyendo al mismo tiempo y en son de reto á todos los miembros de la oposicion en el parlamento que ocupaban destinos públicos. El conflicto entre las tendencias políticas y religiosas de Jacobo II y el partido *monárquico-legitimista*, los tories, habia estallado definitivamente. Los católicos inteligentes y de influencia en Inglaterra como en otros paises, desaprobaron las disposiciones del rey, pues que solo podian tener consecuencias fatales para su religion en aquel pais.

Jacobo no se dejó intimidar, porque su idea fija era que solo las concesiones habian costado á su padre el trono y la vida; y así, en contravencion abierta á una ley del tiempo de su hermano, resolvió usar de la real prerogativa de la gracia para dispensar á los católicos de todas las leyes de exclusion publicadas contra ellos. Los jueces que no se conformaron con este decreto fueron destituidos; el rey dió á católicos beneficios de la Iglesia anglicana; nombró hasta obispos de la misma á individuos inclinados públicamente al catolicismo; además formó un tribunal eclesiástico llamado «comision supremá» con poderes discrecionales y el encargo de purificar al clero anglicano, expulsando paulatinamente de él á los miembros mas celosos en sentido protestante; y finalmente hizo que se estableciesen en Lóndres conventos de frailes y hasta los temidos y aborrecidos jesuitas, uno de los cuales, el padre Petre, era además el consejero favorito del rey. De este modo sirvióse Jacobo II de su supremacia en la Iglesia anglicana, contra ella misma. En tales circunstancias el populacho de Lóndres y el de Edimburgo empezaron á provocar desórdenes, pero fueron sofocados y el rey siguió impertérrito adelante en su senda funesta. Los funcionarios mas leales, mas monárquicos y mas legitimistas, eran destituidos ó tenian que dimitir cuando no se hallaban en un todo conformes con las medidas del gobierno ó sea del rey, el cual colocaba en los puestos vacantes á católicos fanáticos. En Irlanda, cuya poblacion era y es en su inmensa mayoría católica, pensaba Jacobo crearse un solidísimo punto de apoyo para asegurar el buen éxito de sus proyectos; y nombró lugarteniente suyo en aquella isla á Tyrconnel, hijo del pais y católico celosísimo, que no tardó en organizar la isla puesta bajo su mando en 1687, en sentido nacional irlandés y católico. Los sucesos marchaban segun se ve á gusto del rey, y muchos magnates del reino se apresuraron á hacerse

católicos para ganarse la voluntad del monarca, que al ver esta flexibilidad se exasperó mas contra la masa de la poblacion, adicta á la Iglesia oficial anglicana y naturalmente displicente y terca en su herejía. En vista de esto, cambió Jacobo de táctica, y en lugar de perseguir á las sectas protestantes disidentes de la Iglesia oficial les dispensó primero tolerancia en Escocia, donde hasta entonces habian seguido adelante las persecuciones, y luego publicó en abril de 1687 la llamada declaracion de indulgencia, por la cual suspendió tambien para la Inglaterra propiamente dicha todas las leyes penales dirigidas contra los disidentes de toda clase, ora fuesen protestantes, ora católicos. Esta declaracion era evidentemente anti-constitucional, efecto del plan político del rey y de ninguna manera de un sentimiento de tolerancia hácia los no conformistas ó disidentes. Por tanto la inmensa mayoría de estos últimos le hicieron la oposicion y se pusieron del lado de la Iglesia nacional anglicana, que habia sido menos cruel con ellos que el rey Jacobo, y que al mismo tiempo defendia firmemente la constitucion del pais, sin contar que religiosamente les era mas afin que el monarca y sus parciales.

No le arredró esta oposicion á Jacobo, el cual porfiando mas que nunca en sus propósitos, repartió todos los destinos de la administracion, del ejército y hasta de la Iglesia anglicana entre hombres declaradamente católicos, tanto que á pesar de no exceder ni de llegar siquiera con mucho todos los católicos de Inglaterra al número de 100,000, pasando el de toda la poblacion de 5 millones, habia ya poquíssimos funcionarios protestantes, y estos pocos serviles á toda prueba, en los altos puestos de la corte y del gobierno. Casi todos eran católicos, con lo cual no dejó el rey duda ninguna acerca del objeto que se proponia. Los avisos y consejos repetidos de los católicos ilustrados no produjeron ningun efecto.

Las miradas del pueblo inglés se dirigieron, pues, mas que nunca á Holanda, donde vivía el yerno y sucesor presunto del rey, el príncipe de Orange, que por su parte observaba con pena la actitud de Jacobo II su suegro, muchísimo peor y mas provocativa y necia que la de Carlos II. Con semejantes reyes en el trono de Inglaterra, veía Guillermo alejada á incalculable distancia la realizacion de su idea favorita, objeto de todos sus afanes: la destruccion de la tiranía francesa, que pesaba sobre la Europa; porque no pudiendo medirse la pequeña Holanda con su potente vecina la Francia, siendo imposible toda cooperacion eficaz de parte de España, y estando ocupadísimo el emperador con los turcos, cifrábase el éxito de su plan en el auxilio de la Inglaterra, y esta estaba en manos de los Estuardos, de Jacobo II. La idea de que la Inglaterra se iba á entregar al catolicismo y de que por consiguiente seria la aliada íntima de Luis XIV, llenaba de horror y de tristeza á un hombre como él, que fomentaba personalmente la libertad de conciencia en Holanda, donde existia ya en tan vasta escala. En tal estado acordóse de su derecho como heredero del trono de Inglaterra y resolvió oponerse á la política de su suegro, en cuya idea fué auxiliado por su esposa María, la hija mayor de Jacobo, que desaprobaba completamente la conducta de su padre. Ambos esposos se habian declarado decidida y públicamente contra el decreto de indulgencia; y con motivo de esta declaracion Guillermo se puso en relaciones con la alta nobleza, legitimista pero descontenta, y con algunos liberales de nota, para trabajar en la defensa de la fe protestante, de la libertad civil ultrajada, y de la política nacional de Inglaterra. Contentos ofrecieronle todos su cooperacion.

Jacobo, que ignoraba todo esto, seguia impertérrito adelante. Nombró un embajador cerca de la Santa Sede, y recibió en cambio en su corte un nuncio apostólico, á pesar de

que el papa Inocencio XI le miraba de reojo por ser aliado del odiado rey de Francia. De esto pasó á imponer á las universidades, hasta entonces celosísimas defensoras del trono y aun inclinadas á la monarquía absoluta, profesores católicos, y aun frailes. La de Cambridge fué la primera que se opuso; pero mas encarnizado fué el conflicto con la de Oxford, á la cual tenia el rey intencion de trasformar completamente en universidad católica; y cuando el claustro de profesores del riquísimo colegio de Santa Magdalena, dependiente de la universidad de Oxford, se negó á nombrar director al candidato católico propuesto por el monarca, este los destituyó á todos, los declaró incapacitados para toda dignidad eclesiástica, y nombró en su lugar católicos.

Sin embargo ninguna de estas disposiciones echaba raíces, y sus efectos, aunque violentos, debian ser pasajeros si el rey no lograba disponer de un parlamento sumiso. Para llegar á este resultado se violentaron y cambiaron á su capricho las condiciones y fueros electorales de las localidades y grandes circunscripciones, como condados, etc.; y fueron destituidas las autoridades superiores de estas últimas y de las provincias y reemplazadas con católicos ó cuando menos con aquellos disidentes que se habian pasado al partido de la corte. A fin de mostrar á las claras que estaba resuelto á llevar adelante su política á todo trance, sin dejarse imponer por la buena ó mala voluntad del parlamento, y que lo mejor que este podia hacer era someterse á su voluntad, repitió en abril de 1688 su declaracion de indulgencia con el apéndice de que estaba resuelto á hacer prevalecer su política no obstante todas las contradicciones; y como para añadir al insulto la mofa, mandó leer esta declaracion por dos domingos consecutivos desde todos los púlpitos sagrados del reino.

En toda época habíase distinguido el clero anglicano por su acendrada sumision al trono; como que el soberano era y es su primer obispo ó cabeza. Todos sus sermones y toda su enseñanza estaban empapados en la doctrina de la obediencia ciega al monarca; pero esta vez se detuvo, porque vió que iba en cierta manera á publicar su propia condena y sentencia de muerte. Siete obispos, y á su cabeza el primado del reino, el arzobispo de Canterbury presentaron al rey una peticion dirigida contra la citada orden y poquíssimas fueron las iglesias en las cuales se leyó la tal declaracion.

Esta fué la primera resistencia abierta de consideracion con que se encontró Jacobo en su marcha, y no titubeó en arrollarla. Mandó prender á los obispos y formarlos causa criminal como autores de un libelo contra el monarca, que se complacia en dar este nombre á la peticion de los prelados. Ocurrió al propio tiempo un caso muy propio para aumentar la excitacion general en alto grado; la reina dió á luz un príncipe, el primer hijo varon legítimo de Jacobo, que á la sazón contaba 55 años. Tan grande fué la consternacion que produjo este suceso, que se creyó en todas partes á pié-juntillas que habia habido trampa y que el tal niño era espúreo, bien que no habia razon ninguna para esta suposicion. De todos modos las consecuencias del suceso fueron grandísimas; porque hasta aquel momento todo el mundo habia tenido paciencia esperando que á la muerte del rey, ya adelantado en años, su sucesor seria el príncipe de Orange, protestante celoso; pero con el nacimiento del príncipe murió esta esperanza y podia haber sucesion católica hasta la consumacion de los siglos. Esta idea, mas que ningun otro suceso, maduró de una vez en el pueblo inglés la conviccion de que solo la resistencia violenta podia acabar con la opresion religiosa sistemática. La exaltacion creció tanto, que aterrorizó hasta á los ministros mas resueltos del rey.

Llegaron en esto los dias 29 y 30 de junio en que debia verse la causa de los siete obispos; el jurado habia sido